

HISTORIAS DE TAMMERLANE

de Federico Tarántola

presenta...

POR DENTRO

El Señor Bluemoon llegó hasta el gran ventanal de su inmenso estudio en su inmensa mansión, y se regocijó con su vista desde el mirador de Tammerlane.

Realmente estaba aburrido. No hacía nada desde hacía días. Para mantener el título de Señor había que trabajar demasiado, controlando cada una de las empresas de las que era dueño por tradición familiar. Y esa noche, ni todo el dinero de aquella antigua familia del Pueblo, supo en qué complacerlo.

Miró a su pasado: atrás quedaban sus épocas de juventud y niño rico, en donde había sido una constante de mujeres, alcohol y drogas. Un poco más cerca, se ubicaba la época en que tuvo que corregir su vida ante la muerte de sus padres debido a un accidente acuático, y en donde se convirtió en el hombre de negocios que más tarde fue. Y en el poder, ese título de Señor del Pueblo: por sus empresas, sus obras de caridad, la fama, la gloria, las mujeres, más mujeres, y la mucha droga y alcohol con lo supo festejar.

Pero el tiempo, el maldito tiempo comenzó a devorar esa fanática vida, y entrando en los sesenta, bajó su perfil para recluirse como buen caballero que se guarda para morir.

Fue allí donde todo cambió... Las mujeres no fueron lo mismo, los vicios tampoco, y las noches de baile se habían escapado solas.

Una noche, mientras caminaba por su inmenso estudio, minutos después de despedirse de dos muchachos contratados para sexo, supo también que el haber descubierto su lado homosexual y masoquista, ya era aburrido.

Llevaba una copa en la mano, y se paseaba con la insistencia de encontrarle un sentido al vacío, sin siquiera saberlo.

Y dio media vuelta. Allí estaba su perro ovejero, echado en el piso. El muy maldito había sido espectador de la gran escena sexual.

- Vos! Vos, perro puto! – dijo de repente, con la violencia que nunca había tenido en su vida. – Qué mierda hacías acá?! Quién mierrrda te mandó a mirar?!!! – y le dio una gran patada en la cabeza, con aquella gran bota que había sido parte del juego fetichista.

El animal chilló y atontado se retiró a un lado. Le brotó sangre entre el pelaje.

Enseguida, preso de la ira quizás contenida cuando los muchachos lo habían reventado a latigazos y penetrado por la fuerza, fue que lanzó el

contenido de su recipiente. El alcohol penetró la lastimadura de Buddy, y éste volvió a chillar.

La necesidad de seguir dominando, llevó a Bluemoon a tomar la vara plástica con látigos de cuerpo en la punta, y con ella llegó hasta el perro que se había arrinconado en la gran biblioteca. Comenzó a castigarlo.

- Puto! Puto! Perro puto!! – pero entre chillidos, un gruñido lo paralizó.

El can pudo apartarse los milímetros suficientes como para mostrar que aún le quedaban agallas, incluso con su amo.

Entonces Bluemoon sacó la cuchilla que tenía enganchada en los pantalones de látex, y sin pensarlo, se la clavó en la base del cráneo.

Un silencio. Sacó la cuchilla y el cuerpo cedió al piso.

Lo pensó, lo sintió, lo descubrió.

Se agachó ante él, y clavó nuevamente la cuchilla.

Un silencio. Volvió a clavar, esta vez en las costillas. Y otra vez. Y otra.

A la hora, el millonario se encontraba bailando bajo la elegante música clásica que escupían los parlantes del gran equipo musical. Estaba desnudo y bañado en sangre y tripas de su querido Bud.

Apartó su mirada del ventanal, y se volvió a la puerta del cuartito pequeño y oscuro. En su interior descansaban una serie de frascos con formol y una buena porción de su viejo perro.

Y eso no lo llenaba en lo más mínimo.

Qué podía hacer, pues, el hombre más rico del Pueblo, cuando la diversión se agotaba? De qué valía pues, todo el dinero, todo el Poder y el alma de cada una de las personas?

Nada. Nada en absoluto.

Y eso mismo lo carcomía.

Si bien el suceso del perro había sido interesante, había perdido cierto sentido con los días al descubrir que había carecido de práctica sexual.

Una noche, mientras Nicolás leía en un libro de filosofía en el mullido sillón del estudio, que se dijo:

- De todas formas, quedan perros en la casa. – y se dispuso a pedir uno de ellos por la línea de servicio.

Pero se sintió atacado por lo de siempre: la sensación de vacío y la de rutina. Y se detuvo un instante.

- Una mujer. – supo que sería más interesante. Tendría sexo y...

La envenenaría. La acuchillaría. La destrozaría a golpes. La asfixiaría. La llenaría de balas. La aplastaría...

Así que la tuvo frente a sus narices, la misma noche de la idea, encadenada al techo, con la boca encintada, castigada a latigazos, tajeada por todos lados. Tomó el taladro que se había reservado para el final, y con este penetró la vagina de la chica rentada. Cuando la prostituta murió, el taladro y la mano ya habían alcanzado el estómago.

Enseguida, Bluemoon se acostó bajo ella, y comenzó a escarbar la herida con un palo la, para bañarse de sangre y humeantes órganos.

De fondo, la música clásica.

Para la noche del ventanal y el arma en mano, ella ya servía de mucho.

Se volteó al cuartito, y pensó en el cuero de la prostituta, colgado por ahí, perdido en el tiempo.

Y Bluemoon se miró los pies descalzos. Entonces se preguntó si la respuesta estaba en aquella bella pero extrema perversa idea.

Días atrás, había tenido la tercera y última de las escenas violentas importantes. Y si bien ésta había sido interesante, le había dejado cierto sabor amargo en su alma revoltosa.

- Qué saben de música clásica? Primero y principal: saben lo qué es y qué significa? Comprenden la pasión de cada uno de los sonidos? – les preguntó el millonario, sentado en el sillón del estudio, frente al diván donde se sentaban los dos hombres.

En la mesa que los separaba, había algunas botellas de alcohol vacías y otras por vaciar.

- Obvio que sé lo que es! Es... una música importante! – se expresó el pobre Pedro, en la inocencia de la poca cultura que la vida le había deparado.

- La música clásica es como la jefa de todas las músicas. – definió Pablo, el compañero de trabajo de Pedro, colegas de muchas noches de rondas en bares y burdeles.

- Excelente! – festejó Bluemoon. – Es lo que esperaba escuchar de dos personas como ustedes! Realmente me pone cómodo que los de su clase no hayan avanzado. Son un mal necesario.

Pedro y Pablo no lo comprendieron. Estaban en otro universo, delirados por la gran cantidad de bebida consumida, y seducidos por los billetes para visitar la mansión. También esperaban la llegada de dos bellas prostitutas.

- Y las putas cuando vienen? – preguntó uno, y el otro echó un eructo.

- Pronto, pronto. – respondió el dueño de casa, detenido en la belleza de aquellas miserables ropas, esos mamelucos transpirados, manchados.

Se puso de pie y aumentó el volumen de la música. Regresó a ellos, con un pequeño frasco en la mano.

Lo destapó ante las narices de Pedro.

- Quiero que huelas esto y que me digas qué se siente.

El obrero aspiró el extraño aroma y se volteó a su compinche, completamente drogado.

- Probalo. Te hace mierda! La música se oye muy loca.

Pablo estiró la nariz y Bluemoon volvió a destapar. El popper se clavó en el cerebro del otro borracho, y las cosas fueron distintas.

- Quiero que se besen. – les pidió Bluemoon, y les convidó del aroma otra vez.

Enseguida, los hombres se cruzaron en risas, bromas, caricias por el rostro, y besos. Unas nuevas carcajadas estúpidas y el aroma de nuevo.

- Quiero que caminen como perros alrededor del diván. – ordenó, y se sintió feliz cuando lo hicieron. El Poder siempre era maravilloso.

Una vez que los perros dieron cuatro vueltas, el popper.

- Rompan las botellas en ese sector del piso. – y señaló a una distancia prudente. Y los hombres lo hicieron. - Revuélquense en él. – y más droga.

Los vidrios rasgaron las ropas de los amigos y alcanzaron la carne. Enseguida, el piso se tiñó de rojo.

- Revuélquense más! – y más aroma.

Los vidrios de las ocho botellas siguieron cortando, rasgando, clavándose en la carne.

- Más! Más! Rueden con más fuerza. – y ofreció el olor de la demencia. Incluso bailó alrededor de ellos.

Era gustoso ver cómo se desangraban alegremente, festejando en el viaje de la droga, muriendo en la realidad.

- Cuando vienen las putas? – alcanzó a decir Pedro, en un dejo de conciencia ante el descuido de Bluemoon. La droga era de efecto corto.

Debido al susto e interrupción, Nicolás sacó el arma del bolsillo de su bata, y disparó. Pablo se atajó por el estruendo, y dentro de su locura, descubrió que las cosas no marchaban bien. Pero unos nuevos disparos lo derribaron. El perverso se agachó ante ellos, y comenzó a calar las heridas con los dedos, para poder alcanzar músculos y arterias, y arrancárselas de cuajo.

Cuando tuvo la carne suficiente en sus manos, devoró un poco.

Continuó escarbando. Metió el dedo índice por la herida de bala en la nuca de Pablo, y tocó algún hueso. Penetró el pulgar y el mayor. El placer danzó como cosquillas al ritmo de la música: la idea de alcanzar la médula de aquel hombre era toda una aventura.

Escarbó más, metió su mano entera y se topó con aquella extraña pelota. Supo que no era un tumor, porque era tan dura como el hueso. Y tampoco era hueso. Tironeó y la sacó al exterior.

Cuando Bluemoon miró la palma de su mano, se encontró con que sostenía pequeña roca ensangrentada, con forma de patata.

- Qué carajo es esto? – se preguntó. Jamás pudo imaginarse que hallaría semejante cosa en la nuca de un hombre.

- Graciassamiigooo... - dijo la sufrida voz proveniente de la pequeña boca de la roca.

Bluemoon notó que la roca también tenía ojillos celestas, y la soltó al piso de inmediato. Retrocedió gritando y apuntando con su arma.

- Qué es esto?! – pidió como respuesta.

- Graciasss por libbbeeerarrme...

- De qué te liberé? Qué sos? Por qué estabas ahí adentro?!

- Soy el dolorr... soyyeldddesssgaaano... la tristeeza deunnn hommbree miserableee...

- No puede ser!! La gente no lleva piedras en la nuca! No existe eso! – gritó, sin medir su impresión y desesperación ante tal hallazgo.

- Todoss noss tieeneenn... Yooo... fui creeeaaadoo cuannndooo suuumujeeer loo dejóo... y el trabaajoo medioooree... y la soledaad...

Bluemoon pensó en Pedro. Se agachó, lo tomó de los pelos y le disparó en la nuca. Enseguida, comenzó a escarbar en la herida.

Cuando alcanzó la otra roca, la sacó al exterior.

- Graciasss por libbbeeerarrme...

Y la lanzó al piso.

- Oh, mierda! Los dolores se instalan en uno uno! – se dijo Nicolás, tanteándose la nuca.

Entró en pánico y corrió desesperado de un lado a otro. Se sintió aterrado por sus preocupaciones diarias, sus angustias, su vacío. Y que todo eso esté generando una bola de lamentaciones que crezca hasta doblarlo al medio... doblarlo como esos viejos miserables que andan por Tammerlane.

No supo qué hacer.

Miró a un lado y otro. Las rocas en el piso, con aquellos nostálgicos ojillos que lo miraban atentamente mientras se lamentaban.
- Extraaaañoaaa amiiiiuuuujeerrrr... Mi mujeeerrrrme dejjooooo...
- Quiieeroooo unaaa vidaaameeejorrr con mejooorrr sueeeldooo...
- Cállense de una vez, mierda! No quiero oírlos más!! – y las tomó para llevarlas al frasco vacío que descansaba en el cuartito.
Esa noche, la sesión terminó demasiado temprano.

Quitó los ojos del cuarto de los secretos oscuros, donde se guardaban los especímenes del dolor. Volvió al ventanal.
- No queda nada por probar... - se dijo.
Y se volvió a mirar los pies.
Apuntó a uno de ellos. Supo que era la única opción que le quedaba en todo Tammerlane.
Disparó al izquierdo.
Cayó de culo al piso, gracias al dolor y pérdida del equilibrio. Entre la desesperación, emitió unas risillas, y fue feliz.
Antes que la sensación se evapore, alzó su temblorosa mano y apuntó al otro pie. Disparó
Se revolcó desaforado, aguantando el grito, gimiendo de placer. Era como cientos de orgasmos a la vez. El mayor de todos los placeres.
No pudo contener el vicio, y quiso atajar el vacío. Así que disparó en su rodilla izquierda. Largó una carcajada y luego gimió. Cruzó una fugaz mirada por el ventanal. Y se orinó de la emoción.
Disparó a la otra rodilla, y se defecó en los calzones.
Se disparó en el estómago, y se arrastró jadeando boca arriba hacia el centro del estudio, a la nada.
Se detuvo agotado y cerró la boca. Miró con paz al techo. Su mano surgió frente a sus ojos. El arma giró para apuntarlo directo a la cara.
Mierda! Todo era tan eventual! Ningún placer duraba lo suficiente. Nunca más. Así que no tenía más remedio que hacerlo. Sabía que si se detenía, no habría vuelta atrás. De última podría dejarse pudrir. Pero odiaba oler mal.
Miró el cañón e imaginó el plomo borrando su rostro, penetrando la carne, rompiendo el hueso, astillándose, destruyendo sus arterias, licuando cerebro a su paso.
- Maravilloso! – se dijo al sentir su pene erecto como nunca.
No lo dudó, y luego del destello, y la luz sencillamente se apagó.
Para envidia de muchos, a Bluemoon jamás se le encontró una roca en la nuca.

FIN